

## **Cuarto Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-2014)**

### **Eje Política**

#### **Votar a Yatasto.**

#### **El carisma de Perón**

**desde la caída y el exilio hasta el pacto con Frondizi (1955-1958)**

**Gustavo Castagnola (e-mail: gecast@hotmail.com)**

**Universidad Nacional de Tres de Febrero**

### **Introducción**

En este trabajo se examinará el período de la historia política argentina que va desde la caída de Perón hasta el pacto que Arturo Frondizi acordará con el máximo conductor del peronismo a comienzos de 1958. Como se verá, en este lapso de tiempo se producirá un hecho crucial: la relegitimación parcial de Juan Perón en el escenario político argentino. Sin embargo, el propósito fundamental de este texto es otro: mostrar cómo el reconocimiento (insistimos que parcial) de la autoridad del caudillo en el exilio fue posible no sólo por la vitalidad que el peronismo mostró a mediados de 1957 entre una importante porción del electorado argentino y por la habilidad política puesta de manifiesto por el propio Perón en esos años. Como señalaremos, un factor absolutamente fundamental para convertir al expresidente en el exilio en un actor central de cara a los comicios presidenciales de febrero de 1958 fue la creencia, ampliamente extendida entre sus adversarios políticos, de que la palabra de Perón tenía un altísimo poder performativo. Dicho en otras palabras, fue la convicción *sustentada fundamentalmente por quienes buscaron construir un orden político que lo proscribía*, en los poderes políticos de la autoridad carismática del líder del justicialismo lo que hizo posible que Perón reingresara con protagonismo a la política argentina en la víspera de las elecciones que llevarían a Arturo Frondizi a la presidencia de la nación<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup>Como se verá en lo que sigue, la relegitimación de Perón dependió parcialmente de un conjunto de circunstancias políticas bien ajenas a lo que hemos llamado aquí la convicción en su “autoridad carismática”. Además, la creencia en las capacidades extraordinarias de Perón estuvo siempre articulada a un conjunto más extenso de presunciones de tipo político, ideológico, sociológico y antropológico (algunas de las cuales serán mencionadas explícitamente en este trabajo). Sin embargo, y más allá de los avatares políticos y del modo en que se inscribió en diversas perspectivas, el punto que deseamos subrayar es cuán importante fue, en términos políticos, la estimación (y por la razón que fuera) de que Perón podía “ordenarle” a sus seguidores qué votar a la hora de explicar su recuperada (y parcial) legitimidad como actor político en 1958.

Siguiendo a Max Weber: “[...] el término “carisma” se entenderá como referencia a una cualidad *extraordinaria* de una persona, independientemente de que ésta sea real, pretendida o supuesta. En consecuencia, la “autoridad carismática” se referirá a un dominio sobre los hombres, ya sea predominantemente externo o ante todo interno, al que se someten los gobernados debido a su fe en la cualidad extraordinaria de la *persona* específica [...]”<sup>2</sup>. Más sucintamente expuesto, se hará referencia al carisma de Perón como la creencia de que éste se encontraba en condiciones de orientar el voto de sus seguidores. Consecuentemente, será nuestro argumento, que leales *pero sobre todo adversarios* de Perón contribuirían a reproducir la “autoridad carismática” del líder del peronismo (convicción que, como señalaremos de paso, *el mismo Perón no tenía*). Creemos necesario introducir dos aclaraciones antes de comenzar con nuestro estudio. La primera, lo que sigue no es un análisis exhaustivo de todo el proceso político del período 1955-1958. Se tendrá especialmente en cuenta el cálculo de los principales actores políticos y, en particular, sus estimaciones respecto de dos escenarios electorales: el de julio de 1957 y el de febrero de 1958. El segundo: sostener lo que se afirma en este trabajo requeriría un muy amplio respaldo en las fuentes primarias. Lo que requeriría la inclusión de muchas citas. Aquí se prefirió reducir al máximo las referencias documentales con el propósito de facilitar la lectura.

### **El Gobierno Provisional de Aramburu: su diagnóstico, objetivos e iniciativas políticas**

En 1955, después de producido el derrocamiento (20 de septiembre) y posterior exilio de Perón (2 de octubre) y luego de la breve presidencia del general Eduardo Lonardi, la Revolución Libertadora iniciaría, con la asunción del general Pedro Eugenio Aramburu (el 13 de noviembre) un nuevo ciclo. Los objetivos políticos que se fijarían los responsables del gobierno provisional serían tres: en primer lugar, procurar la neutralización de Perón; en segundo término, promover la completa erradicación del peronismo de la vida política argentina; y, por último, convocar a elecciones en las que se entregue el gobierno a un partido político democrático cuyo triunfo marcara la vuelta a la normalidad interrumpida por la "tiranía" peronista. Aunque con alcances diferentes en algunos aspectos significativos, los tres propósitos que buscaría alcanzar la

---

<sup>2</sup>Max Weber: *Ensayos de sociología contemporánea II*, Barcelona, Planeta, p.45.

Revolución Libertadora desde la presidencia de Aramburu suponían una perspectiva para enfrentar la "cuestión peronista" que tenía al menos un punto en común con la evaluación que proponían otras miradas de lo que había significado la última década de la política argentina.

Antes de que se produjera la crisis política que concluiría con la salida de Perón del gobierno y del país, hubieron sectores que, a pesar de su decidida oposición al peronismo, identificaban una diferencia éste y la figura de su líder: y, si la condena sobre éste era inapelable, algunas de las innovaciones que se habían producido bajo sus presidencias no merecían juicios necesariamente reprochables. Ya durante su efímero paso por el gobierno, el general Lonardi había puesto de manifiesto que establecer una diferencia entre Perón y el peronismo hacía posible y necesario un tratamiento más benevolente para los "vencidos" en septiembre de 1955. Por el contrario, a la hora de examinar al peronismo, la principal divergencia que existía entre el equipo gobernante que conducían Aramburu y su vicepresidente, el contralmirante Isaac Francisco Rojas, era que no podía identificarse ninguna solución de continuidad entre el movimiento y su expatriado conductor. Por cierto, estas distintas maneras de contemplar al peronismo y a su líder no eran cuestiones de segundo orden: son ellas las que explican, por ejemplo, la salida de Lonardi de la Casa Rosada y el ingreso a la misma de Aramburu. Sin embargo, en lo que respecta a la figura de Perón, había una completa unanimidad: dentro, pero también fuera de las Fuerzas Armadas, estaba perfectamente claro que el orden político que se inauguraba con la caída de Perón tenía por pilar básico el no reconocimiento del "dictador depuesto".

El cumplimiento de los objetivos políticos que se fijaría la Revolución Libertadora desde mediados de noviembre de 1955 reposaba sobre una lectura de lo que había significado el peronismo, habría de requerir la instrumentación de una serie de medidas políticas y, en los hechos, se esperaba que beneficiase a aquel partido no peronista que, aunque a mucha distancia del oficialismo, había conseguido canalizar el grueso del voto de la oposición al gobierno de Perón entre 1946 y 1954: la Unión Cívica Radical. Desde la perspectiva del general Aramburu y del contralmirante Rojas había sido la demagogia irresponsable de Perón lo que había prohiado al peronismo. El otorgamiento particularmente a la clase trabajadora de un conjunto de beneficios materiales que la economía argentina no estaba en condiciones de solventar y una gigantesca maquinaria

propagandística habían sido, desde esta óptica, las dos bases de sustentación fundamentales del régimen derribado en septiembre de 1955. Más allá de las diversas iniciativas adoptadas por el gobierno provisional para "desperonizar" la política argentina, es importante subrayar que para éste el peronismo era, básicamente, la expresión en el nivel político de un fenómeno que tenía su raíz en la esfera económica y social. Como ya indicamos y como tendremos ocasión de volver a señalar, en la lectura del gobierno de Aramburu, la eficacia del régimen de Perón había reposado en medida no desdeñable en su propaganda. Sin embargo, eran los beneficios económicos, laborales y sociales que los sectores habían recibido de Perón lo que explicaba su adhesión al peronismo. En consecuencia, el gobierno provisional debía mostrar a los sectores que había respaldado al "tirano prófugo" que los diez años de la dictadura peronista habían sido, en realidad, una ilusión de la que debían despertar.

Sin dudas, el gobierno de Aramburu se encargaría de mostrar que el nuevo realismo que debía exigírsele a aquellos argentinos que habían sido capturados por la demagogia peronista hacía necesario adoptar medidas severas tanto para con el líder cuanto para sus seguidores; para con Perón: presiones diplomáticas para alejarlo cada vez más de la Argentina y aun intentos para asesinarlo. Es bien comprensible que el gobierno provisional no quisiera a Perón cerca de la Argentina (por lo que no tardaría, por ejemplo, en presionar exitosamente al gobierno de Paraguay para que abandone el primer destino de su exilio). Parecen menos comprensibles los esfuerzos por matarlo. Y aunque no puede acreditarse que el gobierno del general Aramburu haya tenido responsabilidad directa en el intento de asesinar a Perón en mayo de 1957, sin dudas no habría lamentado la desaparición física de un hombre al que se consideraba con la capacidad de influir decisivamente en el comportamiento político de sus seguidores. Pero, y como se ha indicado, también los seguidores de Perón debieron hacer frente a las iniciativas represivas del gobierno provisional: la intervención de la CGT, la disolución del PP, la sanción del decreto 4161/56 fueron algunas de ellas. Por cierto, el proceso de desperonización incluyó la implementación de medidas extremas aun dentro de las Fuerzas Armadas que fueron mucho más allá de, por ejemplo, la depuración del cuerpo de oficiales y la reincorporación al mismo de elementos que habían sido pasados a retiro y aun encarcelados durante el gobierno de Perón: en efecto, en junio de 1956 la respuesta de la Revolución Libertadora al levantamiento que encabezara el general Juan José Valle a principios de aquel mes incluiría el juicio sumario y la ejecución de

algunos de los militares involucrados en el (incluido, como se sabe, su principal responsable). Sin embargo, la decisión y energía con la que el gobierno provisional del general Aramburu llevó adelante sus objetivos políticos no fue suficiente para coronarlos con éxito. En 1957 se producirían dos eventos que revelarían que sus planes terminarían malográndose (algo que se demostraría, finalmente, en febrero de 1958): el primero sería la división de la Unión Cívica Radical; el otro, los resultados electorales de las elecciones de mediados de aquel año.

### **El fracaso del Gobierno Provisional: la división de la U.C.R. y las elecciones de Convencionales Constituyentes de julio de 1957**

Como sucediera con sus afanes de desperonizar la política argentina, el gobierno de Aramburu procedió con prolijidad al hacer la convocatoria electoral. Se celebrarían elecciones nacionales para elegir un presidente surgido de entre los partidos democráticos. Pero, antes, tendrían lugar comicios para elegir convencionales constituyentes cuya tarea sería la de reformar la Constitución de 1853 (restaurada por el gobierno provisional después de abolir la Justicialista de 1949). Ya entonces fue claro que el verdadero propósito de la Revolución Libertadora al convocar estas elecciones anticipadas era la de mensurar la eficacia de sus políticas de desperonización. O para decirlo con una expresión de Américo Ghioldi que se haría célebre, hacer un “recuento globular” de cuánto había quedado de peronismo en el electorado argentino. En el contexto político de entonces, el expediente de convocar a una elección de convencionales constituyentes antes de celebrar una en la que se ungiera un presidente de la nación parecía bien sensato: llamar directamente a elecciones presidenciales sin realizar un test previo era muy riesgoso. Sin embargo, y sin proponérselo, el gobierno provisional contribuiría a labrar el naufragio de sus propios objetivos políticos, al profundizar una grieta que terminaría dividiendo al que se suponía habría de ser el principal beneficiario de esta ingeniería política: la Unión Cívica Radical.

Sin dudas, en la división del radicalismo jugarían factores específicamente partidarios. Dos de ellos son bien conocidos: por un lado, la competencia por el liderazgo entre los antiguos compañeros de la fórmula presidencial de la U.C.R. de 1951: Ricardo Balbín y Arturo Frondizi; por otro lado, el hecho de que detrás de estos dos hombres, se alineaban dos miradas divergentes respecto del peronismo: la de Balbín, más próxima a

la del gobierno provisional, veía que la experiencia presidida por Perón tenía contornos decididamente negativos y debía ser relegada al pasado; la de Frondizi, que ya empieza a perfilarse públicamente con claridad en mayo de 1956, contemplaba al peronismo con ojos menos severos y llamaba a permitir la supervivencia de algunas de las innovaciones por él introducidas. Pero parece claro que si estos dos líderes corporizaban dos perspectivas diferentes respecto del peronismo, fue la que se vislumbraba como segura victoria electoral de la U.C.R. en las elecciones programadas para febrero de 1958 lo que transformó las divergencias en ruptura. Y, entonces, una parte del fracaso de los objetivos políticos de la Revolución Libertadora se debe, paradójicamente, a las propias iniciativas del gobierno provisional.

Por lo menos, esto aparece acreditado en el caso de Arturo Frondizi: cuyas iniciativas políticas desde 1956 revelan una decisión de asumir el liderazgo del radicalismo (futuro –y seguro- partido de gobierno) aun a costa de promover una escisión. Aquí, nuevamente, las responsabilidades son bien conocidas: la del propio Frondizi, la de la ideología que lo capturó desde principios de 1956 (el desarrollismo) y la de su principal mentor (Rogelio Frigerio). Es casi una parte de nuestro folclore denunciar cuánto daño provocaría la conversión de Frondizi al desarrollismo: daño al radicalismo, al sistema de partidos que se inauguraba en 1958, al país, etc. Sin embargo, una perspectiva que tenga presente el contexto histórico-político de entonces obliga a matizar la condena. Y esto en al menos dos aspectos: por un lado, el desarrollismo ofrecía una perspectiva muy convincente (y, como veremos, mas sistemática y extendida de lo que suele recordarse) tanto de los problemas a los que se enfrentaba la Argentina de entonces, cuanto del tipo de políticas específicas que debían adoptarse para superar las dificultades (que presentaremos brevemente más adelante). Por otro lado, sencillamente porque dotaba al radicalismo de un programa de gobierno. Aquí Frondizi pareció notar lo que muy pocos dirigentes radicales percibieron en aquel tiempo: alejado del gobierno nacional desde 1930, la Unión Cívica Radical apenas tenía algo más que la Carta de Avellaneda (de 1945 y que propugnaba, por ejemplo, una reforma agraria) como documentos programáticos. O, lo que era lo mismo: no los tenía en absoluto.

Como quiera que sea, el pasaje de Frondizi a las huestes desarrollistas (que le diera un conjunto de certezas desde las que elaboraría una estrategia política personal) fue decisivo en el posicionamiento político que terminaría, finalmente, con la división del

radicalismo. Como se señaló, el desarrollismo mostraba tanto un diagnóstico cuanto un conjunto de soluciones económicas, sociales y, por último, políticas para los problemas argentinos. Para esta perspectiva, el problema fundamental de la Argentina era su inserción económica internacional como país exportador de productos primarios e importador de manufacturas y bienes de capital. Esta ubicación la condenaba al estancamiento: con las divisas que generaba su sector agro-exportador debía financiar la importación de insumos para alimentar una industrialización limitada a los bienes de consumo final. La salida de este callejón era que la Argentina promoviera el desarrollo de la industria “pesada” (productora de bienes de capital). Sin embargo, según la visión sostenida por Rogelio Frigerio, nuestro país carecía de una tasa de ahorro interno para financiar esta nueva fase de la industrialización. Por lo tanto, lo que se requería era la asistencia del capital extranjero. Consciente de que este punto específico podía ser objeto de serias objeciones políticas, Frigerio acuñaría el slogan según el cual lo importante no era el origen del capital, sino su destino. Sin embargo, esto sería más que un argumento sencillo apto para ser empleado en una campaña electoral. En efecto, el desarrollismo indicaba que debía permitirse la radicación de capital extranjero en áreas específicas: una de ellas, particularmente importante, era la petrolera. Al formular este señalamiento, el desarrollismo frigerista revelaba que su perspectiva iba ciertamente más allá del plano económico y mostraba sensibilidad también en el terreno político. La radicación de capital extranjero en el sector petrolero tenía una serie de ventajas: permitiría elevar el nivel de producción interno de este recurso energético estratégico y, de esta manera, liberaría divisas que antes se destinaban a la importación de combustible produciendo una mejora en la balanza comercial y, consiguientemente, en la balanza de pagos. Además, la inversión en la producción petrolera tenía altos “efectos multiplicadores” o “de arrastre” sobre el espacio en la que se aplicara. Pero también la radicación de capital extranjero en el área petrolera mostraría sus resultados con rapidez. Y esto era importante para Frondizi en términos políticos: porque quien terminaría por ser el líder del radicalismo intransigente era perfectamente consciente de que algo que no tendría en caso de llegar a la primera magistratura era tiempo. La pertinencia que parecía tener la ideología desarrollista en esferas no sólo económicas no se agotaba en este tipo de prescripciones. Una Argentina que promoviera el desarrollo de su industria de bienes de capital no solamente saldría finalmente de su estancamiento económico: también podría solventar políticas sociales las que, finalmente, resolverían los problemas de inestabilidad política. Aquí aparecía lo que daría en llamarse el

“integracionismo” de Frondizi en una de las dos acepciones que tendría este término: el punto terminal del desarrollo económico de la Argentina era la “integración” definitiva de los trabajadores personistas al orden político inaugurado en septiembre de 1955. Aun esta necesariamente breve presentación del desarrollismo frigerista que será el credo político de Frondizi desde 1956 muestra una perspectiva de la situación de la Argentina en general y de la “cuestión del peronismo” en particular que ya hemos encontrado antes en el proyecto político que intentarían llevar adelante Aramburu y Rojas (aunque con rasgos considerablemente más bastos en la mirada de los militares). Ella hacía de los conflictos políticos el resultado de la discrepancia que se postulaba existía entre las demandas que la sociedad exigía (en particular los sectores peronistas) y las que la economía podía sustentar. Asimismo, esta perspectiva también leía la adhesión de los sectores populares a Perón como el resultado del conjunto de beneficios materiales que ellos habían recibido durante sus presidencias. Esta suerte “hermenéutica holística” propuesta por el desarrollismo permite entender por qué Frondizi vio en él no solo un programa de gobierno sino también una apuesta política personal: que apuntaba, en el marco de una Argentina productora de bienes de capital, a reemplazar a Perón en su lugar de líder de los sectores trabajadores.

Como se sabe, en enero de 1957 comenzará a cristalizarse la división del radicalismo. Y finalmente, quedarán conformadas la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), liderada por Ricardo Balbín, y la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), conducida por Frondizi. Frente a la celebración de los comicios para elegir convencionales constituyentes que tendría lugar el 28 de julio los dos sectores del radicalismo adoptaron, como también es conocido, posturas diferentes. Mientras que el Radicalismo del Pueblo respaldó la necesidad de la reforma constitucional, el Intransigente buscó el voto de la ciudadanía para boicotearla. Estas divergencias tenían que ver con la ya señalada diferencia que Balbín y Frondizi tenían respecto del peronismo y remataban en un posicionamiento diverso respecto de la orientación política del gobierno provisional (también en relación con el tratamiento que debía dispensársele al peronismo). Lo que significaba que la UCRP se alineaba con la Revolución Libertadora, mientras que la UCRI tomaba distancia de ella: en cuántos números cristalizarían estas diversas posturas (y, como se señaló, cuán exitoso habían resultado las medidas de desperonización instrumentadas por el gobierno de Aramburu) era lo que mostraría el comicio.



Pero antes de llegar a ver los guarismos y de inventariar las lecturas que de él se hicieron, será relevante repasar qué postura adoptaría Perón frente a esta coyuntura político-electoral. En el exilio (como se indicara, desde comienzos de octubre de 1955), el conductor del peronismo formuló declaraciones iniciales que parecían mostrarlo consciente de que su salida del gobierno y del país marcaban el final de su carrera política: esto parecían indicarlo sus observaciones en el sentido de que dejaba la conducción del movimiento a nuevos líderes, o las que sentenciaban que la política, como las mujeres, no eran para los viejos. Sin embargo, pronto se vio que Perón no se consideraba lo suficientemente anciano para jubilarse de la actividad política (como es sabido, lo propio sucedería con la vinculada a las mujeres). En 1956, el conductor envió desde Panamá sus dos primeros mensajes políticos sustanciales al movimiento peronista: unas fueron las “Directivas generales para el movimiento peronista” (de enero) y las otras las “Instrucciones para los dirigentes” (de julio). A despecho de las diferencias que pueden identificarse entre los dos textos, en ambos escritos la postura que Perón sostiene debe seguir todo peronista frente al gobierno militar es la de la “intransigencia absoluta” (y, aunque esto aparece más enfatizado, en las “Directivas”) esta conducta supone llevar adelante una “resistencia civil” que implique llevar adelante actos violentos. Esta postura de Perón en relación a la violencia (que, como bien ha indicado Samuel Amaral, era nueva) se encontraba anclada en dos circunstancias. Por un lado, era una manera de deslegitimar la acción de un grupo de antiguos dirigentes peronistas que buscaban, caído Perón, heredar políticamente al líder exiliado y procuraban ganarse la tolerancia del gobierno provisional. La “intransigencia absoluta” y la “resistencia civil” reclamada por el líder en el exilio tenía por uno de sus objetivos entonces neutralizar la actividad de estos dirigentes que ya comenzaban a ser llamados “neo-peronistas”. Por otro lado, todavía hasta mediados de 1956, Perón creía que la “dictadura militar” era una “chirinada” que no contaba con el apoyo de la mayoría de la opinión pública y, ciertamente, tenía del lado opositor a la clase trabajadora: siendo así, la “resistencia civil” terminaría por derribar al gobierno de Aramburu. La abierta justificación de Perón del empleo de la violencia estaba entonces apoyada en la necesidad de bloquear las iniciativas de otros líderes dentro del peronismo cuanto en la debilidad que estimaba se encontraban quienes lo habían derrocado.

Pero ya para mediados de 1956, Perón se quejaba de que sus “Directivas” e “Instrucciones” no se estaban cumpliendo. Visto en perspectiva, se ve con claridad que

la manera en la que el conductor del movimiento peronista percibía y, sobre todo, ponderaba la situación en la Argentina no se ajustaba a la realidad. En primer lugar, casi al mismo tiempo, en que el líder exiliado se lamentaba por la inacción de sus seguidores, la que terminaría siendo llamada “Resistencia Peronista” empezaba a adquirir dimensiones significativas. Ciertamente, esta múltiple actividad de sabotaje y/o actos de impugnación simbólica al gobierno de Aramburu mostraban tanto que la línea de la “intransigencia absoluta” y la de la “resistencia civil” era avalada por muchos de sus seguidores cuanto que, en consecuencia, los dirigentes neo-peronistas encontrarían dificultades para legitimarse y heredar la autoridad de Perón. Sin embargo, y en segundo lugar, la escala de las actividades de los comandos de la resistencia distaba mucho de alcanzar la intensidad necesaria para desafiar la estabilidad del gobierno provisional cuya autoridad, entonces, no estaba reducida a una diminuta camarilla militar carente de todo apoyo político. Pero al iniciarse 1957, Perón parece empezar a ser consciente de los límites de su percepción de la situación política. Y es la segura celebración de los comicios previstos de finales de julio la señal que parece indicarle al líder exiliado que las cosas pueden ser distintas a como él las percibe. Si en 1957 el gobierno de Aramburu estaba dispuesto a llevar a cabo una promesa que Perón creía de imposible cumplimiento en 1956, entonces la situación en la Argentina podía tener rasgos que él podía ignorar.

Por lo pronto, y frente a las elecciones para convencionales constituyentes, el peronismo debe de asumir una postura y eso implicaría, en principio, esperar una directiva de Perón: el jefe del movimiento peronista. Se discuten entonces diferentes estrategias para impugnar las elecciones. La que parece la más manera más contundente de expresar el rechazo era la abstención electoral. Sin embargo, ella tenía el inconveniente de que, siendo la concurrencia al comicio obligatoria, identificaba al elector peronista y lo exponía a alguna forma de penalización por parte del gobierno de Aramburu. Finalmente, la que parecía la opción mas sensata era la del expresar el rechazo a la legitimidad de las elecciones a través del voto en blanco. Estaba perfectamente claro, sin embargo, que esta alternativa habría de funcionar eficazmente sólo si era masivamente practicada por los votantes peronistas: y esto sólo podía garantizarse si conseguía demostrarse que el voto en blanco había sido “ordenado” por Perón.

Sin embargo, y aún después de decidida la opción por el voto en blanco, Perón no deja de emitir mensajes respaldando otras opciones (aun en el mismo mes de los comicios).

Una muy notable carta escrita a Perón por John William Cooke el 11 de Julio de 1957, muestra al conductor del peronismo firmando *cuatro* directivas diferentes que contemplan otras tantas alternativas de comportamiento electoral. En dos cartas escritas por Perón a Cooke el 22 de junio y el 17 julio de 1957, el líder exiliado reconoce que ha estado enviando directivas contradictorias pero, además, explicita las razones por las que ha procedido de esa forma. Citaremos aquí un extracto de la del 17 de julio, en el que se hace referencia a un “manuscrito”: es una directiva que Perón le hace llegar a Cooke a través de Eduardo Colom en la que se “ordena” la abstención. Escribe Perón:

“El nuevo manuscrito, tenía por objeto reforzar el anterior cargando “las tintas” sobre la abstención lisa y llana pero, según veo, las cosas no se han interpretado así, debido a las distintas opiniones allí reinantes. Eso prueba una vez más la necesidad de conducir de cerca y pulsar permanentemente la opinión”<sup>3</sup>.

Por una vez, Perón no es ambiguo: no sólo reconoce que ha dado una directiva que contradice la decisión de votar en blanco sino también explicita las razones que lo movieron a proceder así “la necesidad [...] de pulsar permanentemente la opinión”. En el incierto contexto político-electoral de 1957, Perón aparece menos como un líder que “ordena” que como aquel que expresa “la opinión” (bien diversa) que podía hallarse dentro del movimiento peronista en esa coyuntura después de “pulsar permanentemente la opinión”.

### **Los resultados de las elecciones de julio de 1957: las diversas lecturas y el camino al pacto Perón-Fronzizi**

En las elecciones del 28 de julio de 1957 los resultados (remitiéndonos a las principales fuerzas políticas y sus respectivos porcentajes) fueron<sup>4</sup>:

UCRP 2.106.524 (24.20%)

UCRI 1.847.603 (21.23%)

---

<sup>3</sup>Perón a Cooke, Caracas 17 de julio de 1957 en: *Perón-Cooke. Correspondencia I*, Buenos Aires, Granica, 1973, p. 210; la carta de Perón a Cooke del 22 de junio de 1957 se encuentra en las pp. 186 a 190 y la extensa carta de Cooke a Perón (sin fecha, pero que se infiere está datada el 11 de julio) se halla en pp. 190 a 210.

<sup>4</sup>Las cifras del escrutinio han sido tomadas de Julio César Melón Pirro: *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*. Buenos Aires, Siglo XXI, p.195.

En blanco 2.115.861 (24.31%)

Estos guarismos fueron leídos de modo diferente. Algunos los observaron con pesimismo, otros con optimismo y hubieron también análisis ambiguos. Para el elenco de la Revolución Libertadora, y después de una postura inicial mas o menos favorable, los resultados mostraron el fracaso del proyecto político en el que se había embarcado el gobierno provisional desde mediados de noviembre de 1955. Por un lado, la elevada cantidad de votos en blanco indicaba que, aunque disminuida, la influencia política de Perón no había desaparecido y, además, el proceso de desperonización podía considerarse malogrado. Por otro lado, la división del radicalismo (en particular la emergencia de la corriente intransigente) habría la posibilidad de que en febrero de 1958 las elecciones presidenciales fueran ganadas por un personaje que, como Frondizi, interrumpiera la continuidad del proyecto que había liderado el general Aramburu. Para la UCRP los resultados electorales podían considerarse relativamente satisfactorios. Aunque no por mucha diferencia, el radicalismo del pueblo había conquistado la primera minoría de los votos positivos y no parecía desmesurado conjeturar que podría repetir la misma performance en las elecciones de febrero próximo.

Desde otras perspectivas, las cifras del 28 de julio autorizaban lecturas más complejas. Son varios los testimonios que aseguran que Frondizi quedó decepcionado con la cantidad de votos que obtuvo la UCRI. Al parecer, el líder del radicalismo intransigente esperaba que su posicionamiento político en la campaña electoral (de oposición al gobierno de la Revolución Libertadora y mostrando simpatía hacia muchas de las iniciativas que había adoptado el peronismo en el pasado reciente) le permitiría ganarse el apoyo de un número más significativo de votantes. Si su estrategia de “hablar en peronista” no había sido suficiente en julio de 1957, probablemente tampoco lo fuera en febrero de 1958. Sin embargo, en parte del entorno de Frondizi se sostenía una perspectiva mucho menos deprimente. Tal y como lo recordara posteriormente Nicolás Babini (un por entonces muy estrecho colaborador del jefe de la UCRI) era perfectamente posible esperar que en febrero de 1958 el radicalismo intransigente alcanzara y aún superara los casi 260.000 votos de diferencia que lo había separado de la UCRP en julio de 1957. La razón que esgrimían algunos de quienes estaban cerca de Frondizi era simple: la naturaleza de los recursos institucionales que se iban a poner en juego en 1958 era muy distinta de lo que había estado en disputa en 1957. En este

último año se habían elegido convencionales constituyentes para instrumentar la reforma de una carta magna que a nadie importaba y cuya incidencia concreta en su rutina diaria el ciudadano argentino consideraba virtualmente inexistente. Por el contrario, en 1958 habrían de elegirse un conjunto de autoridades que los argentinos entendían que podían afectar (y mucho) sus vidas: sobre todo una de ellas, la presidencia de la nación. Según razonaban estos personajes no había dudas de que, después de los resultados de julio de 1957, la elección habría de polarizarse entre los partidos que habían recibido la mayor cantidad de votos: los dos radicalismos; de modo que cabía esperarse que el del pueblo aumentara su caudal electoral en 1958. Sin embargo, el dato relevante de la elección de convencionales constituyentes había sido el voto en blanco (que, como se vio, había alcanzado el porcentaje más alto en los comicios: 24.31%). Descontado que hacia allí se había volcado masivamente el voto peronista en julio de 1957 y enfrentado a la opción de tener que elegir entre la continuidad del proyecto de la Revolución Libertadora (corporizado en la UCRP que conducía Ricardo Balbín) o bloquear esta continuidad votando al candidato con mejores probabilidades de vencer al radicalismo del pueblo, una parte significativa del electorado peronista (muy superior a los 260.000 votantes) no dudaría: y respaldaría al candidato del radicalismo intransigente.

Pero, y como ya se ha visto, desde enero de 1956 Frondizi había engrosado su séquito de colaboradores: ahora estaba también el grupo comandado por Rogelio Frigerio. Y éste tenía otra perspectiva: los resultados de julio de 1957 había demostrado la vitalidad política de Perón y su capacidad para orientar el voto peronista. Por lo tanto, había que aproximarse al líder exiliado y tratar de llegar a un acuerdo político con él para obtener su respaldo a la candidatura presidencial de Frondizi. Julio de 1957 había mostrado que el árbitro de la elección de 1958 era el electorado peronista. Como el “dueño” del voto peronista era Perón, había que pactar con él para que “ordenara” sufragar por el candidato de la UCRI. Sin embargo, una victoria electoral de la UCRI con el apoyo de Perón no legitimaba al líder en el exilio? Para Frigerio y su *staff* no había tal cosa: como ya lo hemos indicado, la perspectiva desarrollista enseñaba que el problema del peronismo hundía sus raíces en las limitaciones industriales de la economía argentina. Por lo tanto, cualquier coyuntura de política electoral (como la que tendría lugar en febrero de 1958) era sólo eso: una circunstancia pasajera en la que lo único importante que estaba en juego era el instancia institucional que haría posible la instrumentación de

las medidas de política económica que permitiría refundar la fisonomía económica, social y, a la larga, política de la Argentina: la presidencia de la nación. En la óptica desarrollista, entonces, llegar a un acuerdo con Perón no significaba relegitarlo como actor sino, y por el contrario, dar el primer paso para erradicarlo del escenario político argentino. Así pues, en las proximidades de Frondizi hubieron dos lecturas de los comicios de 1957 y se le plantearon al candidato radical intransigente dos estrategias para adoptar frente a las elecciones de 1958. Conviene hacer notar que, a despecho de las diferencias recién apuntadas, las dos posturas que se le mostraron a Frondizi tenían un elemento en común: ambas coincidían en considerar a Perón el único individuo en posición de maniobrar el voto peronista. Que esto lo creía Frigerio y su séquito ya ha sido puntualizado: era justamente este dato lo que hacía imperativo el acuerdo con el líder en el exilio. Pero también era la convicción del grupo de colaboradores del jefe de la UCRI que entendía que Frondizi ganaría la elección de febrero de 1958 sin necesidad de ningún acuerdo. Así lo observaría Nicolás Babini (quien, como se ha dicho, pertenecía a este último sector) en su amarga evocación del pacto:

“Está por supuesto el hecho incontrovertible de la orden de Perón de votar por Frondizi, cuya realidad fue palpable en las vísperas de las elecciones de febrero de 1958, pues en esos mismos días se hablaba de ella en la propia UCRI. Resulta pueril explicar el vuelco masivo de las huestes de Perón por coincidencias doctrinarias con el programa de Frondizi. En 1954, en plena campaña electoral de abril, yo solía decir que si Perón ordenaba votar por Yatasto, famoso caballo de carrera de la época, lo íbamos a tener de Vicepresidente, y no ocurrió nada entre 1954 y 1958 que justificara un cambio en la adhesión de sus seguidores, salvo el mejoramiento experimentado por su imagen al calor de los sempiternos errores del gobierno militar que lo sucedió”<sup>5</sup>.

Más allá de las diferencias y las semejanzas que existían entre sus colaboradores, y como venía sucediendo desde hacía varios meses, Frondizi escuchaba por entonces más a Frigerio que al resto de su *entourage*: y el camino al acuerdo con Perón empezaría a transitarse. Pero, ¿qué haría Perón?

Desde su exilio, Perón comprendió la ambigüedad de los resultados de las elecciones de convencionales constituyentes de julio de 1957. Por un lado, la performance electoral del peronismo, medida en el número y el porcentaje alcanzado por el voto en blanco

---

<sup>5</sup>Nicolás Babini: *Frondizi. De la oposición al gobierno*. Buenos Aires, Celtia, pp. 202-3.

había sido, en las duras condiciones políticas impuestas por el gobierno provisional al movimiento que llevaba su nombre, muy notable: los 2.115.861 sufragios hacían que el peronismo fuera, con 24.31% de los votos, la primera minoría. Sin embargo, y por otro lado, había dos datos que ensombrecían el análisis. En primer lugar, y comparado con las elecciones que se habían celebrado entre 1948 y 1954 –en las que había obtenido poco más del 60% de los sufragios- el peronismo había perdido una significativa cantidad de votos: estimado en porcentajes, más del 36%. En segundo lugar, los comicios de julio de 1957 habían mostrado que el radicalismo intransigente había sido capaz de conseguir el respaldo de un número significativo de votantes que antes habían sufragado por el peronismo. A pocos meses de la elección presidencial prevista para febrero de 1958, esta segunda circunstancia era particularmente alarmante. Como claramente lo muestra su correspondencia, tanto Perón cuanto sus correspondientes, eran bien conscientes de que en febrero de 1958 Frondizi era capaz de recibir no sólo un mayor respaldo del electorado peronista sino también el apoyo suficiente para imponerse en el comicio *sin intervención de Perón*. Es por esto que, cuando en septiembre de 1957, se acercan al líder exiliado enviados de Frondizi para hablar de la posibilidad de pacto, a Perón se le abre una alternativa política que no está, sin embargo, exenta de riesgos<sup>6</sup>.

Como hemos visto, la percepción de Perón de los comicios de 1957 y sus proyecciones de cara a las elecciones presidenciales de 1958 era muy similar a aquella que tenía un grupo de colaboradores de Frondizi: para aquél como para éstos, los guarismos del 28 de julio permitían conjeturar como muy plausible una victoria del candidato radical intransigente sin necesidad de entablar ninguna negociación con el jefe del movimiento peronista. Sin embargo, y a diferencia de hombres como Babini, Perón era considerablemente más cauteloso a la hora de ponderar la eficacia que tenía su palabra sobre la voluntad de sus seguidores. Ciertamente, el conductor del peronismo se cuidaba de no hacer muy explícitas esas reservas. Por ejemplo, en carta a Cooke del 9 de junio

---

<sup>6</sup>Para una muestra de la clara conciencia que, dentro del peronismo, se tenía de la alta proporción de votantes peronistas que habían sufragado por Frondizi en julio de 1957 y de la posibilidad de que lo hicieran en mayor número en febrero de 1958, véase la carta de Cooke a Perón, Santiago 18 de agosto de 1957 en: *Perón-Cooke. Correspondencia I*, Buenos Aires, Granica, 1973, p. 269. Tal vez convenga recordar aquí que una de las “órdenes” emitidas por Perón frente a las elecciones de julio de 1957 fue votar por Frondizi: para esta circunstancia, véase la ya citada carta de Cooke a Perón del 11 de julio de 1957 citada en la nota 3.

de 1957, Perón se retrata a sí mismo de modo similar a como, según lo hemos apuntado, lo perciben el destinatario de esta misiva, Frigerio o Babini, y se pregunta:

“Qué daría hoy la dictadura por una palabra mía al Pueblo y qué daría el Dr. Frondizi por esa palabra?”<sup>7</sup>.

Pero, en realidad, y como también hemos tenido oportunidad de registrarlo, a propósito de su comportamiento cuando las elecciones de julio de 1957, Perón cree que debe “pulsar permanentemente la opinión” antes de dar una “orden”. Y esta premisa ha de aplicarse particularmente a la hora de respaldar la candidatura presidencial de un hombre que, como Arturo Frondizi, está claramente identificado como un adversario del peronismo<sup>8</sup>.

## **Conclusiones**

El acuerdo al que llegarían Perón y Frondizi a principios de 1958 habría de tener importantes consecuencias políticas que irían mas allá de la elección de Frondizi como presidente. Por un lado, la decisión de Frondizi de pactar con Perón significaba, como ya se ha observado, quebrar el axioma básico sobre el que se fundaba el orden político que buscaba edificarse desde septiembre de 1955: el no reconocimiento del líder en el exilio como un actor legítimo. Por otro lado, y en un momento en el que parecía que quedaba relegado del escenario político argentino, Perón volvía a ocupar un lugar dentro de el, nada menos que como el factótum de la victoria electoral del líder radical intransigente.

Sin dudas, en el recuperado protagonismo que habría de adquirir el conductor del movimiento peronista, sus leales seguidores y su mismo líder hubieron de jugar un papel significativo: el aproximadamente 24% de votos en blanco emitidos en julio de 1957, no sólo mostraba la vitalidad electoral del peronismo: también convertía a quienes así habían sufragado en casi árbitros de los comicios de febrero 1958. Además, la

---

<sup>7</sup>Perón a Cooke, Caracas 9 de junio de 1957 en: *Perón-Cooke. Correspondencia I*, Buenos Aires, Granica, 1973, p. 165.

<sup>8</sup>Un análisis más exhaustivo de los problemas vinculados a un posible respaldo de Perón a la candidatura presidencial de Frondizi y del modo en que Perón los enfrentó se encuentra en Gustavo Castagnola: *Body of Evidence*, PhD Thesis, University of Essex, 2000.



cautela que Perón habría de manifestar frente a las dos coyunturas electorales hizo posible que su rol de líder indiscutido del movimiento no sufriera ninguna merma. Hemos indicado que, en julio de 1957, Perón dio *cuatro directivas diferentes*: y, entonces, es más bien dudoso que él por sí mismo pudiese atribuirse la exclusiva responsabilidad del masivo voto en blanco de aquella elección. Lo que no deja margen para la duda es que, y a despecho de lo que repitiera tantas veces, el comportamiento del propio Perón revela que él creía que la performatividad de su palabra era bastante más limitada de lo que proclamaba.

Sin embargo, si hacia principios de 1958 Perón volvía a ocupar un sitio en la política argentina, era también por las perspectivas y el comportamiento de sus adversarios políticos. Como hemos visto, entre los grupos que impugnaban al peronismo casi no había homogeneidad. Sin embargo, cada uno a su modo contribuiría a perpetuar la vitalidad del movimiento nacido en 1945. Como ha sido bien estudiado, el gobierno provisional del general Aramburu y sus iniciativas de desperonización hicieron mucho para mantener a Perón en el corazón de sus seguidores. Pero aquellos que, como el general Lonardi o Arturo Frondizi, dispensaban una mirada más benevolente hacia el peronismo, también harían su contribución para mantener vivo a su adversario (y a partir de un diagnóstico no del todo distinto del sostenido por el elenco que presidía el general Aramburu). Creer que la demagogia de Perón o la concesión de beneficios materiales (lo que ya entonces Gino Germani llamaría peyorativamente “la teoría del plato de lentejas”) era lo que explicaba la adhesión de las masas a Perón, habría de resultar fundamental en la supervivencia del peronismo y de su líder. Como hemos visto, estimar que el peronismo y el liderazgo de Perón eran la expresión política de un fenómeno económico-social fue lo que, por ejemplo, movió a un Arturo Frondizi volcado al desarrollismo a buscar un acuerdo con el caudillo exiliado sin temer que esta iniciativa lo dañara y relegitimara al propio Perón.

Pero, si algo benefició al líder del peronismo fue la creencia unánimemente compartida por sus adversarios en la potencia de su carisma: y frente a las elecciones de julio de 1957 y de febrero de 1958 este carisma se manifestaría en que su palabra sería acatada sin cuestionamientos por sus seguidores. O como lo expresara Nicolás Babini: que si Perón hubiera dicho que había que votar a Yastasto en 1954, la Argentina se habría dado un caballo de vicepresidente. Sin embargo, para su propia fortuna política el primero

que sabía que esto no era cierto era Perón. En cuanto a sus adversarios: vivirían (y algunos morirían) sin saber que su creencia de que el peronista votaría a Yatasto si su líder lo ordenaba habría de ser uno de los capitales políticos más valiosos de Perón.